



CENTENARIO DEL COLEGIO DE HUÉRFANOS DE LA ARMADA (CHA)

¡Y MAÑANA SERÁN HOMBRES Y MUJERES! VIVENCIAS Y REFLEXIONES DE UN JUBILADO OCTOGENARIO

Benito CHEREGUINI DE TAPIA



UBIERA sentido enormemente no haber podido asistir a los actos conmemorativos del centenario de la colocación de la primera piedra de lo que luego sería el CHA, el 13 de febrero de 1913, presidida por el rey Alfonso XIII.

La invitación que recibí del coronel Bacas, director del Colegio, y el honor que me hizo ofreciéndome la posibilidad de encargarme del texto que había de preceder a la restauración del lema «Que el Norte de tu vida sea el cumplimiento del deber» fueron motivo más que suficiente para desplazarme a Madrid.

Y lo hubiera sentido porque el pasado día 12 de febrero ha marcado un hito en mi vida personal al comprobar que no todo está perdido en esta España nuestra tan «desmejorada» últimamente; y me explico.

Sí sentí que solamente dos de los dieciséis que componían mi curso de bachiller entre los años 1942-49 —José María Amusátegui, abogado del Estado, y Pastor Gadea, capitán de navío— pudieran acompañarme en tan señalado día.

Aun dando por conocidos los actos que se celebraron ese día, voy a comentarlos para aquellos que, por «ser menos veteranos» o por otras circunstancias, no tuvieron ocasión de asistir. Pese a que la capacidad de la carpa en la que habían de realizarse tales actos era enorme, resultó poca para dar cabida a los miles de antiguos alumnos del CHA.

El primer acto al que asistimos fue a la Santa Misa oficiada por monseñor Juan del Río, arzobispo general castrense, y presidida por una imagen de Nuestra Señora la Virgen del Carmen. La celebración tuvo lugar en el interior de la inmensa carpa en donde, sobre una tarima, se colocó el altar. Al finalizar

y como suele ser la emocionante y tradicional costumbre, se cantó nuestra *Salve Marinera*. Desconozco si los alumnos habían recibido, previamente, «lecciones de canto», lo cual no me extrañaría viendo, posteriormente, la fantástica dirección de la Banda Sinfónica de la Agrupación de Infantería de Marina de Madrid, a cargo del coronel Agustín Díez Guerrero; pero sí puedo afirmar que nunca, ni en mis recuerdos de la Escuela Naval, había escuchado una *Salve* acompañada de voces tan jóvenes y en tan notable cantidad.

A continuación, los asistentes salimos al exterior y nos situamos en la fachada de la puerta principal del Colegio, junto con las autoridades, claustro de profesores y alumnado, e inmediatamente se procedió a la ceremonia del



(Foto: CHA).

izado de bandera en el mástil situado en la entrada principal del Colegio, por la calle Arturo Soria.

Hacía muchos años que no asistía a un izado de bandera tan memorable. Y lo fue porque —acostumbrado a ver, por desgracia, a una significativa parte de la juventud que desconoce, cuando no menosprecia, el sentido de la palabra España y el respeto, cuando no lealtad, a su bandera— el hecho de observar la seriedad y el respeto de los cuatro jóvenes encargados de llevarla al pie del mástil para izarla, así como la seriedad y el respeto con que los setecientos alumnos del colegio, perfectamente uniformados, asistieron en respetuoso silencio al izado del enseña patria, como se decía en tiempos pasados, me produjeron la primera sensación positiva de tan inolvidable día.

Finalizado el acto, se volvió al interior de la carpa, en donde, una vez retirado el altar, se había colocado sobre la tarima una larga mesa en la que se situó la presidencia, ostentada por el almirante general jefe de Estado Mayor de la Defensa (JEMAD) Fernando García Sánchez, acompañado del almirante de Personal (ALPER) José F. Palomino Ulla, del vicealmirante Rosety, del contralmirante Hernández Moreno, presidente y vicepresidente, respectivamente, del Patronato de Huérfanos de la Armada, y del director del colegio, el ya citado coronel Bacas.

Tras una muy aplaudida imposición de merecidas condecoraciones a las profesoras Ana M.^a Carrasco Gómez —mención honorífica— y a Trinidad Cuenca Rico —Cruz del Mérito Naval con distintivo blanco—, le correspondió el turno al vicealmirante retirado Virgilio Pérez González de la Torre, el «rascayú.....», como le llamábamos en nuestra adolescencia en el CHA, debido a su altura y delgadez —perdona almirante esta licencia—, quien nos deleitó haciendo una semblanza de la vida de aquellos primeros años cuarenta, de sus glorias y sus penurias, aunque nunca recordadas estas últimas como algo penoso, sino como algo que sirvió para curtirnos y hacernos hombres.

El almirante nos hizo notar la circunstancia de que ya son tres las generaciones de «Virgilibios» que han pasado, o están pasando, por el CHA. ¿Quién sabe si alguno de ellos podrá contarles a sus hijos, dentro de otros cien años, que estuvo en la conmemoración del primer centenario del CHA? La ciencia avanza que es una barbaridad.

A continuación, me correspondió el honor de dirigirles a los alumnos unas breves palabras, previas a la restauración del lema del colegio «Que el Norte de tu vida sea el cumplimiento del deber». Fue como una entrega del testigo de las veteranas generaciones a las nuevas, en la que se les exhortó a que mantuvieran bien alto el mismo espíritu del colegio que tuvieron aquellos alumnos de las primeras generaciones que, cuando fue necesario, defendieron con sus vidas los ideales que habían aprendido en las mismas aulas en las que ellos estudian actualmente.

Posteriormente, acompañando al vicealmirante Virgilio Pérez, y junto con cuatro alumnos y alumnas representantes de cada una de las distintas etapas



(Foto: CHA).

educativas, procedimos a descubrir el lema que, en bronce y sobre metopa de madera, ha de figurar para siempre en el Colegio de Nuestra Señora del Carmen para estímulo de las generaciones actuales y venideras.

Fue digno de ver y de escuchar, aunque su corta edad y su azoramiento no favorecieran la audición de sus palabras, a los más pequeñas de los representantes, que micrófono en mano dijeron:

«Los más mayores de infantil estamos muy, muy orgullosos de celebrar el cumpleaños del cole. Nos sentimos privilegiados representando a nuestros compañeros y recogemos este testigo asumiendo el compromiso de mantener vivo el espíritu del CHA reflejado en este lema. Prometemos vivir y ser transmisores de los valores que nos inculcan y ser ejemplo para los que nos sucedan.»

Finalizado el acto, el JEMAD procedió a entregar a los descendientes del Excmo. Sr. contralmirante José Jáudenes Clavijo los diplomas y una placa conmemorativa en reconocimiento a la labor de su antepasado. ¡Cuán agradecidos debemos estar a quien, con una humanidad y encomiable solidaridad con las viudas e hijos de compañeros fallecidos en la batalla de Santiago de Cuba, en el hundimiento del crucero *Reina Regente* y otras efemérides, luchó denodadamente hasta conseguir que este colegio del que ese día celebrábamos

su centenario fuera una realidad! Nunca pudo pensar el almirante que, 38 años después, el colegio iba a dar, de nuevo, amparo a los cientos de huérfanos de otra cruel guerra.

Finalizada la entrega de diplomas y placa, tomó la palabra el coronel director del centro, coronel Bacas, quien, en brillante y sentida alocución, nos habló del pasado, presente y futuro del mismo. Por su interés y extensión, he considerado oportuno incluirla como complemento al final de este breve artículo.

Como colofón, ¡y menudo colofón!, la Banda de Música de la Agrupación de Infantería de Marina de Madrid, dirigida por el ya citado coronel Agustín Díez Guerrero, recreó nuestros oídos y sacó a superficie nuestra más profunda añoranza al escuchar las notas, las entrañables notas del *Alte Kameraden* o *Viejos camaradas*, a cuyo ritmo habíamos jurado bandera muchos de los allí presentes. A continuación, la banda interpretó *Ganando barlovento*, la magnífica marcha militar y marinera obra del antiguo profesor, comandante músico Ramón Sáez de Arana.

Por si aquello nos había parecido poco, se procedió a la interpretación de una selección de canciones, como *American Patrol*, *Brasil*, *el Tambor del Granadero* y un popurrí de canciones regionales, coreadas por todos y que fueron el preámbulo perfecto para dar entrada a una selección de canciones infantiles de Emilio Aragón y R. Ribera que, como dirían las crónicas de sociedad, hicieron las delicias de los más pequeños, quienes las corearon con todas sus fuerzas, dirigidos, a golpe de batuta naturalmente, por el director de la banda, que hizo gala en todo momento de un sentido del humor y de un notable control del coro.

Pero faltaba lo mejor; el pasodoble *¡Que viva España!*, obra de Caerts-Rozentratén que, para sorpresa de muchos y mía propia, supimos que su autor, contra toda suposición, era un director de orquesta sueco, sí, sí, sueco.

Pues bien, si a los presentes les hacía falta otro empujón para que la vena patriótica saliera a superficie, el pasodoble fue como un clamor, un ariete que unió y empujó a todas las gargantas, a las más de setecientas gargantas, a gritar con todas las fuerzas de sus pulmones cuando el director, al llegar el estribillo, se volvía a los concurrentes y nos animaba a cantarlo.

Estoy seguro que aquella mañana, el *¡Que viva España!* y el «...que España es la mejor» sirvieron para que «la ya vieja y desgastada piel de toro» se diera cuenta de que aún existen muchos niños que mañana serán hombres y mujeres y que sabrán venerar y respetar, como hicieron sus mayores, el pabellón de la patria.

¡Qué emoción! ¡Qué honda emoción! Aquella manifestación folclórica fue algo que caló muy hondo en todos cuantos tuvimos la suerte de vivir aquellos momentos. El ver y oír a aquellos adolescentes vitoreando con tal entusiasmo a su patria nos produjo una sensación de complacencia difícil de definir; ¡lástima que, por desgracia, no se pueda extrapolar!



(Foto: CHA).

Si el pasodoble nos tocó la fibra de españoles biennacidos, el Himno de la Armada, nuestro «Soplen serenas las brisas...», nos caló en lo más profundo de nuestra vena marinera cuando, al igual que en el pasodoble, fue cantado por todos los concurrentes, de capitán a paje. ¡Cuántos recuerdos acudieron a la memoria de quienes, unos antes y otros después, hemos cantado con orgullo y emoción nuestro inolvidable Himno! Estoy seguro de que muchos, los más veteranos, aún recordarán al bueno de don Ciriaco, una gran persona, que durante muchos años dirigió la Banda de Música de la Escuela Naval Militar.

Finalizados los actos institucionales fuimos invitados a pasar a un gran salón que, si no me equivoco, está formado por el antiguo comedor y el pasillo adyacente. En él se había preparado la clásica copa de vino, atendida, en esta ocasión y de forma brillante, por alumnos y alumnas de los cursos superiores.

Durante un buen rato tuvimos ocasión de comentar e intercambiar opiniones con los mandos del colegio, profesores y compañeros, llegando a la conclusión de que este, como siempre tuvo a gala, dispone de una dirección y de un claustro de profesores excelentes. Pueden estar bien tranquilos aquellos padres cuyos hijos, nietos y aun bisnietos cursan estudios en el colegio de Nuestra Señora del Carmen. Pueden estar bien seguros de que «MAÑANA SERÁN HOMBRES Y MUJERES DE BIEN».

No deseo terminar sin felicitar, desde mi condición de jubilado, a su director, coronel de Infantería de Marina Bacas, como responsable del programa de

actos, y al subdirector, teniente coronel de Infantería de Marina Cerrada Delgado, a las cuatro jefas de estudios, al profesorado y personal laboral, que hicieron parecer fácil la organización de más de setecientos alumnos a los que por descontado felicito por sus manifestaciones de entusiasmo y absoluta corrección.

Alocución del director del colegio

Excmo. Sr. jefe de Estado Mayor de la Defensa, Excmo. Sr almirante jefe de Personal de la Armada, Excmo. Sres. almirantes y generales, Sres. oficiales, Sras. y Sres., queridos alumnos.

Es un honor para este centro contar entre sus muros con este prestigioso conjunto de personas que nos acompañan en un día tan significativo para nosotros. El día que celebramos nuestro centenario. Vaya por ello en nombre del colegio mi más sincero agradecimiento por estar hoy aquí compartiendo nuestras emociones y nuestro júbilo.

Quiero resaltar especialmente la presencia de una nutrida representación de antiguos alumnos, los más antiguos que pudimos encontrar, como así les decía cuando contactaba con ellos para invitarles a este entrañable acto, así como de un cualificado grupo de viejos profesores y de personal no docente, que dedicaron al CHA muchos de los años de sus vidas. Les aseguro que



(Foto: CHA).

nunca he percibido tanta ilusión como la que me transmitían esas personas cada vez que les solicitábamos que nos honraran con su presencia. Hubiéramos deseado que esta representación hubiera sido más numerosa pero desgraciadamente, tanto las limitaciones de espacio como las dificultades para contactar con ellos no lo han hecho posible.

Quiero también destacar y agradecer la compañía en este acto de los familiares descendientes directos del contralmirante Jáudenes, aquel entonces joven oficial de la Armada, a cuyo entusiasmo y tesón se debe la construcción de este entrañable edificio; el colegio de Nuestra Señora del Carmen, el CHA, nuestro querido CHA.

Pero, antes de continuar con lo que han supuesto 100 años de historia de nuestro colegio, permítanme, en primer lugar, que felicite a las personas que hoy han sido galardonadas. Queridas Ana y Trinidad, mi más cordial enhorabuena; esta recompensa que hoy recibís es el reconocimiento de la Armada a una dedicación en vuestro trabajo que va más allá del mero cumplimiento del deber. Vuestra entrega y dedicación, por encima de lo normal, os han hecho acreedoras de esta distinción que aun adquiere mayor valor cuando se produce dentro del marco del excelente cuadro de profesionales que conforman la plantilla de este colegio. Lucidlas pues con orgullo porque habéis demostrado ser de las mejores entre los buenos. Habéis acreditado con creces vuestra vocación de servicio y vuestro compromiso con el centro. Continuar en esta línea; el CHA necesita personas como vosotras.

Y las necesita porque personas como vosotras son las que hacen posible que el Colegio siga manteniendo hoy día el prestigio del que ha gozado a lo largo de su dilatada historia. Una historia de cien años. Un siglo transcurrido desde aquel lejano 13 de febrero del 1913, cuando S. M. el Rey D. Alfonso XIII, en una solemne ceremonia, pusiera la primera piedra de este edificio que desafiando el paso del tiempo, hoy, como ayer, sigue siendo un elemento emblemático del Pinar de Chamartín.

El colegio Nuestra Señora del Carmen, el CHA, con su inconfundible arquitectura, fue el adelantado de la Armada en esta zona. Luego vendrían la Estación Radio, la Agrupación de Infantería de Marina, la Escuela de Ingenieros, el CIDA y otras muchas dependencias, hasta convertir este rincón madrileño en una pequeña base naval, tierra adentro, de la que el CHA emerge como su buque insignia.

Pero el CHA no es solo un edificio más o menos noble, más o menos grande, o más o menos bello. El CHA es, sobre todo y por encima de todo, la institución a la que da cobijo; el Colegio, con mayúsculas, entendido no como su infraestructura, que también, sino, sobre todo, como una comunidad formada por padres, alumnos, profesores y personal no docente, unida por una misma forma de entender la formación de nuestros niños y adolescentes.

Porque cuando hace algo más de 100 años se colocaba la primera piedra de este edificio, se estaban sentando las bases de un proyecto educativo con el

que había soñado aquel capitán de corbeta, José Jáudenes, que había comprendido que la mejor ayuda que podían recibir aquellos huérfanos que la realidad social de España dejaba en situación de total desamparo, era la de proporcionarles una sólida formación que les permitiera enfrentar, con garantías de éxito, un futuro que de otra forma se prometía incierto en las condiciones de postración que vivía nuestra Patria.

Y aquella formación no podía relegarse exclusivamente a proporcionar a los huérfanos una enseñanza de calidad, que lo era, sino a darles además una sólida formación humana que hiciera de ellos personas íntegras y responsables.

Con esas premisas iniciaba su andadura el Colegio Nuestra Señora de Carmen hoy

más conocido por el CHA. Una andadura a través de un siglo en la historia de España en la que esta institución ha pasado por múltiples vicisitudes en función de los cambios que la evolución de la sociedad española imponía.

Y así, de aquellos 65 alumnos, todos chicos, la mayoría huérfanos, que, en régimen de internado, inauguraron sus instalaciones el 1 de julio de 1917, hemos pasado a los 710 actuales, de los que más de la mitad lo constituye el alumnado femenino. Mientras el colegio ha perdido, hace ya tiempo, su carácter de colegio para huérfanos, cumpliendo hoy día una función social bien distinta.

Y esta transformación ha tenido lugar a lo largo de 100 años, un siglo; un siglo en los que los muros del CHA, han sido mudos testigos de tantos cambios que cuando contemplamos sorprendidos y sonrientes esas fotografías antiguas que ahora exponemos en el patio de metopas, nos cuesta a veces reconocer que pertenecen a nuestro querido Colegio.

Si estos muros pudieran hablar nos podrían contar miles de anécdotas. Nos hablarían orgullosos de las modélicas instalaciones que albergaron



(Foto: CHA).



(Foto: CHA).

cuando lo construyeron. Nos hablarían de los tristes años de la Guerra Civil en los que suspendida la función docente, sus paredes sirvieron de acuartelamiento para las tropas de El Campesino para finalizar, posteriormente, la contienda convertido en hospital.

También nos contarían sus muros historias de los duros años de la posguerra, con sus carencias, pero en los que el colegio acogió y sacó adelante a un número no pequeño de huérfanos, de ambos bandos, que no solo encontraron entre sus paredes un auténtico hogar sino que tuvieron la suerte de contar posiblemente con el mejor cuadro de profesores que podría reunirse en aquella época.

Y estos muros nos dirían, sí hablaran, que hace 58 años, tuvieron el privilegio de acoger, durante 6 meses, a un alumno singular llamado Juan Carlos de Borbón y Borbón, antes de que este iniciara su paso por las Academias Militares. Y nos hablarían de la construcción en 1960 del nuevo internado y del colegio hermano, al otro lado de la calle, el colegio de huérfanos de Suboficiales, el Rosario, el CHAS, con el que 16 años más tarde se fusionaría.

Y de la llegada de las primeras niñas, en preescolar, allá por los años 80, y de la aparición de las aulas de informática, y de cómo las entrañas del colegio se removían y se transformaban para adaptar sus espacios a las crecientes exigencias que los tiempos demandaban.

Muchas, demasiadas historias, imposibles de resumir aquí en este breve espacio de tiempo, son las que podrían contarnos los viejos muros de este edificio, porque fueron, son, muchos sus años de servicio; muchas las perso-

nas que pasaron por él como alumnos, profesores, educadores, inspectores, celadores, conductores y un largo etc. de ocupaciones, que con su trabajo cotidiano mantuvieron vivo ese proyecto educativo con el que un día había soñado el capitán de corbeta Jáudenes Clavijo.

Un proyecto inspirado en una concepción cristiana del hombre y de la vida, basado, como figura en el ideario del colegio, en proporcionar a nuestros alumnos una formación integral fomentando una serie de valores humanos, religiosos, patrióticos y cívicos, al margen de cualquier acepción política, con los que tratamos de hacer de ellos personas libres, responsables y solidarias, que puedan contribuir el día de mañana a construir una sociedad mejor y más justa.

Un proyecto que persigue, por otra parte, la excelencia académica por encima de cualquier otro condicionamiento, porque estamos convencidos que solo una enseñanza de calidad permitirá a nuestros escolares afrontar con garantías de éxito las exigencias de su futura formación fuera de las aulas del colegio.

Esa es la esencia del CHA, ese es el legado que recibimos y mantenerlo es nuestro deber y nuestra principal responsabilidad. Se lo debemos a aquellos que nos precedieron y no podemos defraudarles.

Pero si este proyecto es la piedra angular sobre la que se asienta esta querida institución, no es menos importante para el colegio su vinculación con la Armada. Somos Armada; nos sentimos Armada; estamos orgullosos de pertenecer a la Armada. No concebimos otra forma de existir más que en el seno de la Armada. Ella inspira e impregna nuestros símbolos, nuestras costumbres, nuestras tradiciones y, sobre todo, nuestra forma ser y de hacer. Sin su apoyo y su cariño difícilmente podríamos haber llegado a donde estamos.

Y esta vinculación a la Armada ha tenido un importante reflejo en sus escalafones en los que hasta hace no mucho tiempo, más de la mitad de sus oficiales habían pasado por las aulas del CHA. Se podría decir que, en gran medida, la Escuela Naval era una prolongación del CHA por el alto número de alumnos que ingresaban procedentes de aquella prestigiosa sección de preparación para el ingreso, los de «prepa», que tantos éxitos cosechó en su historia.

Hoy día, desaparecido el sistema de oposición para el acceso a la carrera militar, el CHA quiere, no obstante, como hijo agradecido, devolverle a la Armada su apoyo y su cariño tratando de hacer del colegio un auténtico semillero de vocaciones.

Para ello no solo es preciso acercar el conocimiento de la Armada a nuestros alumnos sino que tenemos que ser capaces de proyectar hacia ellos nuestro amor a la profesión a través de nuestra forma de hacer las cosas, nuestra ilusión y nuestra entrega. Y así con ese proyecto educativo soñado por el capitán de corbeta Jáudenes y bajo el amparo de la Armada, el CHA ha recorrido sus 100 años de historia manteniendo integro su espíritu, ese espíritu

que hace que aquellos antiguos alumnos que vivieron los tiempos difíciles de la posguerra bajo unas rígidas normas de disciplina, y estos profesores y personal no docente que dedicaron muchos de los años de su vida al colegio, se encuentren hoy aquí reunidos ilusionados, participando de este solemne acto, identificados, a pesar de los años transcurridos, con su querido CHA.

Ese es el espíritu que queremos inculcar a nuestros alumnos, el espíritu del CHA; un espíritu que es más que un mero sentimiento nostálgico de tiempos pasados; que es una forma de entender la vida con vocación de servicio; una vida basada en valores como el esfuerzo, la honradez y la responsabilidad. Y se los queremos inculcar porque estamos convencidos que ese es el camino correcto; y estamos convencidos porque así lo avalan nuestros resultados académicos; y porque así lo podemos comprobar cuando contemplamos a esos alumnos que pasaron por nuestras aulas, y que hoy son ciudadanos honrados, responsables y trabajadores, habiendo alcanzado, muchos de ellos, los más altos niveles en sus ámbitos profesionales.

No es una tarea sencilla y menos en los difíciles tiempos que vivimos. Sin embargo, no me cabe ninguna duda que el CHA sabrá continuar con éxito la brillante labor emprendida hace ahora cien años y que sabrá mantener el prestigio labrado a través de un siglo de su historia.

Porque aunque nuestros recursos económicos sean limitados, y no dispongamos de lujosas instalaciones, y las paredes de este viejo edificio acusen las marcas del paso del tiempo, tenemos el mejor caudal que podamos desear, las personas que componen esta comunidad educativa que es la gran familia del CHA.

Tenemos un maravilloso grupo de alumnos que nos prestigian por donde pasan, un excelente claustro de profesores competentes y comprometidos y una inestimable plantilla de personal no docente que con su abnegada entrega hacen posible que el colegio pueda desarrollar su importante labor formativa.

Así, este viejo buque de 100 años aún conserva sus cuadernas sólidas y fuertes y se encuentra alistado para enfrentarse a las muchas singladuras que todavía le aguardan por la proa. Estamos seguros que seguirá por muchos años cumpliendo eficazmente su misión y que nunca defraudará a los que han puesto su confianza en él.

No quiero acabar mis palabras si antes dedicar un emocionado recuerdo a aquellos que nos precedieron y que vivieron y dieron sus vidas por Dios y por España. Ellos se fueron pero su esencia permanece entre nosotros pues, al igual que los que aquí estamos, llevaban el espíritu del CHA en sus corazones. Vaya para ellos nuestro más sentido homenaje.

Finalmente quiero agradecer a todos los invitados a este acto que nos honran con su presencia que hayan querido acompañarnos en un día tan señalado para nosotros. En nombre de todo el colegio, muchas gracias. QUE NUESTRA PATRONA LA VIRGEN DEL CARMEN NOS GUÍE Y NOS AMPARE. GRACIAS.